

Cristología

CRISTOLOGIA Y SALVACION EN LA HISTORIA

Virgilio Zea, S. J. (*)

I. El conocimiento de la realidad como "lugar teológico".

Parece extraño que los cristianos nos alarmemos al oír hablar de "praxis", de conocimiento de la realidad, de teología de la liberación, cuando el Concilio Vaticano II nos habla de "escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad... Es necesario por ello, conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones". "Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria... Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad y entre tanto, surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica" (1).

"Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura,

consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta de que la propia fe es un motivo que los obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época" (2).

La Exhortación Apostólica: "Anuncio del Evangelio hoy", va más allá del Concilio. "La Evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre. Precisamente por esto la evangelización lleva consigo un mensaje explícito.. especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación". "Entre evangelización y promoción humana existen... lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a las que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar" (3).

(*) Doctor en Teología, Universidad Gregoriana; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

(1) G. S. 4

(2) G. S. 43

(3) "Anuncio del Evangelio hoy", 29. 31

Desde otro punto de vista, para el Concilio existe un "orden o jerarquía en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana". Y ese centro lo expresa diciendo: "Todos los cristianos, ante todas las gentes, profesen la fe en Dios Uno y Trino, en el Hijo de Dios Encarnado, Redentor y Señor Nuestro" (4). Por lo mismo si unimos los textos del Concilio y de "El Anuncio del Evangelio hoy", es lógico concluir que existe una estrecha relación entre el misterio Trinitario, **centro del cristianismo** y la promoción de la justicia; porque para la Escritura se identifican la Trinidad económica, es decir el Dios para nosotros, el modo como se llevó a cabo la revelación, y la Trinidad inmanente, Dios en sí mismo. De ahí que una auténtica teología de la liberación deba buscar en el realismo del Misterio Trinitario la forma de integrar la historia y el dolor del hombre en el ser de ese Dios que como amor, es un Dios de los hombres.

Nuestro lenguaje puede parecer extraño. Cómo es posible que el Dios trascendente tome parte en la historia del hombre, que nuestro sufrimiento repercuta en el corazón de Dios? Cómo hablar de un sufrimiento de Dios que se solidariza con el dolor de los desamparados, y despreciados del mundo en su embriaguez de poder, de dominación?

O, hablar de dolor, de transformación, de análisis de la realidad y de compromiso de Dios con el mundo son, realidades que se implican recíprocamente?

Los teólogos de la liberación admiten, casi como dogma de fe que, el método indiscutiblemente apto para dicho análisis es la teoría de la dependencia; más aún afirman su correspondencia con la fe cristiana (5). Al aplicar este punto de vista a la Cristología, su afirmación se hace clara y tajante: Jesús realiza su opción humana insertándose en la situación histórica. La justicia no se comprende ni se hace operativa sino desde la injusticia. La encarnación está en captar la totalidad desde una óptica parcial (6).

Esta óptica desde la cual se considera la inserción concreta de Jesús va unida a una realidad afirmada enfáticamente: la fe de Jesús. A partir de ella y de su compromiso con una situación concreta, de su opción en favor de los oprimidos, se sigue la teología del "seguimiento de Jesús". Querríamos analizar los aspectos que, a nuestro juicio sugiere esta teología del "seguimiento" (7).

II. Fe de Jesús y seguimiento.

Estos dos términos son complementarios en la teología de Sobrino, corresponden a la insistencia con que el autor afirma que Jesús se hace Hijo de Dios a través de su opción histórica concreta.

Es perfectamente válido hablar de la fe de Jesús, más aún, esta terminología nos sitúa en el centro de una dimensión trinitaria (8). Pero es necesario no entender la palabra fe en la perspectiva del Vaticano I, como aceptación de verdades,

(4) Unitatis Redintegratio, 11. 12

(5) I. ELLACURIA, "Posibilidad, necesidad y sentido de una teología Latinoamericana, II, *Christus* (México) Marzo 1975) 18.

(6) J. SOBRINO, "Cristología desde América Latina", Colección teología latinoamericana, Ediciones CRT., México, 1976. Encontramos muy válidos muchos de los planteamientos de Sobrino, cfr. pág. 124. Creemos que todo el esfuerzo que hace por dar a la cristología un realismo, un aspecto histórico y dinámica, debería llevarlo a una conciliación con una metafísica que por ser dinámica, sea histórica y "operativa". Por qué no se esfuerza por conciliar afirmaciones contrastantes? "Lo interesante es notar que esa actitud de Jesús... surge de lo más profundo de su ser: de la realidad de aquel a quien llamaba Padre, que no lo es sin crear una comunidad de hermanos". "A esta luz hay que ver los hechos de Jesús... su primer valor es teológico, demostrativo del reino de Dios" (61-62). No exige esta manera de hablar una metafísica capaz de expresar la historia? No contradice a lo que dice luego, Jesús es revelador del camino del Hijo, pero no de Dios? Cfr. págs. 53. 57-58. 76. 134-135.

(7) J. SOBRINO, o. cit., IV. La fe de Jesús relevancia para la Cristología y el Seguimiento, 79 ss.

(8) Habría que preguntarse cómo evita Sobrino el tratar de esta realidad teológica sin profundizar en lo que él denomina verdades "ideologizantes", no operativas, obsoletas, cfr. p. 81,32 ss.

sino desde una teología personalística y bíblica, por lo mismo desde la historia de salvación que acontece en un Pueblo: Israel que, por lo mismo, encierra, como toda historia, la relación al mundo, su drama, porque de parte de Dios se da un "revelarse personal" en que "trata a los hombres como amigos para invitarlos y recibirlos en su compañía", y porque la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que trasmite dicha revelación, resplandece en Cristo, **mediador y plenitud de toda la revelación**" (9).

El Vaticano II afirma que Jesús es la revelación misma y que esa revelación no se realiza en conceptos abstractos sino "por obras y palabras intrínsecamente ligadas" y concretamente en la persona de Jesús: "Quien ve a Jesucristo, ve al Padre; El, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros y sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección... lleva a plenitud toda la revelación" (10). Es decir, la historia de Jesús, su actitud ante Dios y ante el hombre constituyen el meollo de la revelación. Por lo mismo, se nos sitúa ante una actitud de Jesús que verdaderamente merece el nombre de fe: su relación con Dios, desde la cual manifiesta al hombre cómo es posible asumir una actitud de Hijo ante Dios y cómo la mirada sobre las cosas cambia desde esta actitud totalmente personal.

Textos como los de Jesús en el huerto y en la cruz, muestran indiscutiblemente una relación de intimidad y confianza para con Dios, por lo mismo de fe. El eco de estos textos lo retoma el autor de Hebreos cuando declara: "Aún siendo Hijo aprendió, por lo que padeció, la obediencia y después de haber sido consumado, llegó a ser para todos los que le obedecen causa de salvación eterna" (11).

Pero hablar única o principalmente de la fe de Jesús es parcializar el problema; es tomar una persona que desborda los marcos que fijamos los hombres y manipularla para el interés de nuestro quehacer teológico, sin dejar que él nos diga lo que encierra toda la complejidad de su ser.

Marcos presenta en forma dramática la súplica de un padre a Jesús en favor de su hijo que yace bajo el dominio del demonio. "Si tú puedes, respondió Jesús, todo es posible para quien cree. Al punto exclamó el padre del niño: 'creo', ven en ayuda de mi poca fe. Jesús viendo las multitudes que afluyen, amenazó al espíritu impuro diciéndole, sal de él y no vuelvas a entrar más" (12).

En los lugares paralelos de este texto ha desaparecido la respuesta de Jesús: "todo es posible para quien cree" (13).

Sin duda encontramos una referencia a la fe de Jesús, a su confianza total en Dios, pero hay algo que rompe los marcos de lo que los hombres logramos captar en nuestra experiencia de fe. Es una fe que se transforma en un mandato imperioso: "sal de él y no vuelvas a entrar más". Mandato que debemos relacionar con la interpretación que Jesús da a sus exorcismos y que nos sitúa en otro aspecto en el cual el cristiano se diferencia radicalmente de Jesús.

Marcos presenta en repetidas ocasiones la admiración que produce en las gentes la autoridad de Jesús y su pregunta: "Qué es esto, he aquí una enseñanza nueva, llena de autoridad, ordena a los espíritus inmundos y le obedecen". Hasta este momento ha hablado únicamente de la actividad de Jesús, no ha formulado ninguna enseñanza suya. La persona de

(9) D. V. 2.

(10) D. V. 2.4.

(11) Hebr 5, 8-10.

(12) Mc. 9, 23. Cfr. J. SOBRINO, o. cit., 88.91

(13) Cfr. Mt 16, 14; Lc 9, 37-43

Jesús y sus obras se convierten en signo de algo nuevo (14). Mientras las gentes se admiran, los fariseos **detentores de la pureza de la fe judía**, como se creen, lo acusan: "está poseído del demonio, por el príncipe de los demonios arroja a los demonios" (15).

Una exégesis sana nos pide que comparemos la respuesta de Jesús con la acusación de sus opositores, para descubrir la conciencia que tiene Jesús de su vinculación con Dios. Su acción puede tergiversarse como hecha en nombre de Satanás; entonces Satanás se destruiría a sí mismo como un reino en guerra civil. Jesús entendiéndose sus exorcismos, a diferencia de los que practican los discípulos de los fariseos, como revelación de la presencia del Reino y del Señorío liberador, en su **propia persona** (16). A propósito de la tergiversación farisaica, Jesús habla del pecado contra el Espíritu Santo, que supone la oposición al bien que irrumpe en nosotros en nombre de Dios y esto mucho antes de la así llamada "crisis Galilea".

Afirmar que Jesús arroja el poder del mal que esclaviza al hombre, que a través de su actuar se hace presente Dios como amor que transforma, como justicia que nos hace hijos de Dios, es motivo suficiente para condenarlo como blasfemo. Un hombre se sitúa en el lugar de Dios. Por lo mismo interpretar a Marcos 9,23 exclusivamente como expresión de

la fe de Jesús y concluir que "la vida de Jesús considerada teológicamente es el paso de la fe primera a la fe definitiva nos parece que equivale a olvidar la afirmación del Concilio para el cual Jesús es la revelación misma y el Revelador por excelencia. Más aún, a manipular en una forma interesada un aspecto verdadero de Jesús: su fe (17).

III. La fe en Jesús.

Lucas une a dos parábolas llenas de dureza, la afirmación del rechazo del pueblo incrédulo. "Llegará un día en que el dueño de casa cerrará la puerta y los que hayan quedado fuera se cansarán de llamar alegando: "Hemos comido y bebido contigo y tú enseñaste en nuestras plazas. El responderá, no os conozco, obradores de iniquidad". Este texto concuerda con otro. "No se entrará al reino de los cielos diciendo Señor, Señor, sino haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (18).

En la misma línea se halla la respuesta al maestro de la ley. "Señor qué he de hacer para ganar la vida eterna"? La respuesta hace que quien pregunta sea su propio juez: "qué está escrito en la ley, qué lees? Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y al prójimo como a tí mismo". Y Jesús responde: "haz esto y vivirás". Y si se le insiste "y quién es mi prójimo", para ir a servirlo, ofrece

(14) Mc. 1, 23-28.

(15) Mc 3, 22; Mt 12, 22 ss.

(16) Mt 12, 28; Lc 11, 20. Aquí encontramos la diferencia que Sobrino busca entre la fe de Jesús y la del cristiano. En esa identificación de su actuación como presencia del Reino de Dios y en aquello que hemos insinuado otras veces: Jesús identifica su actitud y la de Dios ante el pecador, cfr. Lc 15.

(17) J. SOBRINO, o. cit., 102. No nos sentimos totalmente de acuerdo con las afirmaciones que allí hace el autor, sobre todo si se toman en forma excluyente. "Lo que motiva la fidelidad de la fe de Jesús es la conflictividad histórica en la que se sitúa".

Hay que comparar ese texto con otro del mismo Sobrino. "Lo interesante es que esa actitud de Jesús no surge meramente de su conciencia ética... sino de lo más profundo de su ser: de la realidad de aquél a quien llamaba Padre, que no lo es sin crear una comunidad de hermanos". No habría que cambiar la anterior frase de Sobrino así? "Lo que motiva la fidelidad de Jesús es lo más profundo de su ser, su amor al Padre, enfrentado con la conflictividad histórica"?

Lo mismo nos parece que se debe afirmar sobre la divinidad de Jesús como la entiende Sobrino, cfr. 104, 105. Sus afirmaciones de carácter funcional, histórico, son válidas, pero suponen y exigen una perspectiva ontológica dinámica: "el ser de Hijo" que haga posible la confianza en Dios y el que Dios sea en verdad Padre de Jesús y por él, nosotros Hijos adoptivos en Jcto. De lo contrario nos encontramos ante un nominalismo, la Paternidad de Dios con respecto a Jesús no indica nada real sino una mera designación.

(18) Lc 13, 25 ss. Mt 7, 21.

como modelo a un obrero samaritano y repite "vete y haz tú lo mismo" (19).

Mateo va mucho más allá cuando identifica la acción real ante el hombre, el desamparado, con la actitud ante Jesús.

Estos textos se aclaran desde la acusación que lanza Jesús a los fariseos o a nosotros, si descuidamos el verdadero amor hacia los hombres. Maestro de los contrastes, describe a los niños que juegan en la plaza e invitan a sus compañeros a bailar o a cantar, sin recibir respuesta. Termina diciendo: "vino Juan que ni comía ni bebía, y vosotros decís está endemoniado". Viene el Hijo del hombre que come y bebe y lo acusáis: "he aquí un glotón y un borracho, amigo de publicanos y de pecadores" (20).

Es aún más dura la parábola de los dos hijos: al menor de ellos ordena el padre, "ve hoy a trabajar en la viña" y él se niega; luego, arrepentido va y cumple sus órdenes. Al mayor le da la misma orden, promete cumplirla y luego no va. "Cuál de los dos ha hecho la voluntad del Padre? pregunta Jesús. El primero responden ellos. En verdad os digo, los publicanos y las prostitutas llegarán antes que vosotros al reino de los cielos. En efecto, Juan vino a vosotros en el camino de la justicia y no le creísteis; pero los publicanos y las prostitutas creyeron en él. Vosotros, delante de su ejemplo, ni siquiera habeis tenido un remordimiento tardío que os hiciera creer en él" (21).

Los primeros textos no hablan sólo de la fe de Jesús, sino de una fe en Jesús, acompañada de la audacia de las obras.

Los últimos van más allá, cuando se rechaza su autoridad, Jesús responde preguntando por la autoridad de Juan el Bautista, reconocido por todos como un

profeta. La actitud de los fariseos queda muy por debajo de la de los publicanos y las prostitutas. Ahora bien, Juan el Bautista no tenía ni la autoridad ni la actitud de Jesús ante Dios, quien al comer con los publicanos y pecadores afirma para quien quiera entender, en un contexto judío que, su actitud de perdón para con el pecador realiza eficazmente el perdón de los pecados, es una identificación de su actitud con los sentimientos y el amor del mismo Dios del A. T. (22). Si Juan movía a creer en la autoridad de Dios que lo respaldaba, qué actitud tomar ante Jesús, presencia viva del amor de Yahwe para con los hombres?

La predicación y la persona de Jesús deben ser la crítica de nuestros extremismos: nos creemos justos porque detentamos la verdadera doctrina, o porque seguimos a un Jesús, comprometido con el pobre, sin caer en la cuenta del riesgo del reduccionismo o de la manipulación de Jesús en favor de nuestros intereses. Se podrá separar y distinguir a los hombres delante de un Jesús, revelador de Dios, en cuya propia vida se da un amor incondicional al hombre, aunque ella traiga la conflictividad el ser acusado de blasfemo, borracho, loco y finalmente la muerte?

Ese amor de Jesús, por ser confianza en Dios tiene su razón última en aquella exclamación: "ninguno conoce al Hijo sino el Padre y ninguno conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quisiere manifestar" (23).

Hay otro aspecto de la fe en Jesús. Juan nos presenta a un ciego de nacimiento que en un principio se admira y confiesa: lo que "ese, a quien llaman Jesús, hizo en él". Afirma luego que Jesús es un "profeta", pregunta a los fariseos si ellos quieren hacerse discípulos suyos, lo defiende sin conocerlo aún

(19) Lc 10, 28. 37.

(20) Mt 11, 16-18.

(21) Mt 21, 28-32.

(22) Lc 15, 2.7.10.31.

(23) Mt 11, 25 ss.

totalmente y termina preguntando al mismo Jesús: "Quién es él, Señor (el Hijo del hombre) para que crea en él? Jesús le dijo, tú lo ves, es el que te habla. Entonces él respondió: creo Señor y se prosternó delante de él" Por qué, el seguimiento de Jesús que, lleva a compartir su suerte, termina en la adoración de Jesús? (24).

Hablar de la fe de Jesús lleva implícito o necesariamente unido hablar de la fe en Jesús. Sea el centurión quien se acerca personalmente a Jesús o que los judíos supliquen en favor suyo y de su siervo enfermo, sea la mujer siro-fenicia la que pide un favor por su hija, en los dos casos el término de la fe es la persona del mismo Jesús y a esta fe responde afirmando no haber encontrado nunca algo semejante en Israel (25). Aquí sitúa Mateo el texto que Lucas colocaba en otro sitio: "Muchos vendrán de Oriente y de Occidente a tomar puesto en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras los Hijos del Reino serán echados fuera". El motivo es claro: la actitud de fe o de negación vivida ante la persona de Jesús.

A nuestro juicio el carácter de hombre y de Hijo de Dios en Jesús son complementarios. No se manifiesta como Hijo de Dios sino en el entregarse de toda su persona humana en el amor. Pero no hace patente su fe en el Dios del A. Testamento, sino dando a conocer que "ninguno conoce al Hijo sino el Padre y ninguno conoce al Padre, sino el Hijo" (26).

IV. La pasión, fracaso de Jesús, pregunta acerca de Dios (27).

Si seguimos con nuestro método de comparar los libros de la Escritura y en especial los Evangelios entre sí observamos en los Hechos una perspectiva interesante. Pedro quiere que la Comunidad elija un sucesor para Judas, y exige como condición: "es necesario que, de los hombres que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús vivió en medio de nosotros, comenzado desde el bautismo de Juan, hasta el día en que nos fue arrebatado, que escojamos uno para que sea testigo de la resurrección". "Vosotros sabéis todo lo que ha sucedido en la Judea: Jesús de Nazaret, sus comienzos en Galilea, después del bautismo predicado por Juan. Cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder, a él que pasó haciendo el bien.. porque Dios estaba con él.. llegaron a crucificarle, colgándolo de un madero. Dios lo resucitó al tercer día" (28).

Es condición, para ser testigo de la resurrección, haber convivido con los apóstoles y con Jesús, desde el bautismo de Juan hasta la ascensión. Viven de la conciencia de la inseparabilidad entre la predicación de Jesús, su historia, la respuesta de quienes lo crucifican y la exaltación por parte de Dios. Esto último lo acentúa Pedro por los contrastes que pone de manifiesto todo el texto.

Partiendo de la fe de Jesús se pregunta: por qué Dios aprobó con la resurrección

(24) Jo 9, 11.17.25. Nos parecen muy válidas las afirmaciones de Sobrino, o. cit. 177-8 sobre el seguimiento de Jesús, como proceso activo y conocimiento de connaturalidad. Compartiendo lo que afirma sobre su divinidad y la fe en Jesús, 105. 107, creemos que siendo válidas y neotestamentarias las categorías relacionales (personal y práxica) el mismo N. T. incluye otras igualmente importantes, cfr. la IV parte del artículo.

(25) Mt 8, 7, cfr. Lc 7, 1-10.

(26) Mt 11, 25.

(27) Nos parece interesante y valioso el estudio de Sobrino sobre la pasión V. "La muerte de Jesús y la liberación en la historia", o. cit. La pregunta que plantea en 150. 152. 175: "Si el hijo inocente muere, quién es Dios?" lo sitúa ante una pregunta doble: el actuar de Jesús y el ser de Jesús. Si hablamos en los mismos términos de Sobrino, el capítulo muestra lo radicalmente "operativa" que es la realidad más honda del cristianismo: el misterio Trinitario. 173. 175 nos hacen preguntar si no hay que construir la teología no solo a partir de la negatividad sino también a partir del amor? Qué extraño que aquí Sobrino se inspire en Bonhoeffer, Barth, Moltmann. Sería interesante una comparación con W. KASPER, "Jesús, el Cristo". Sígueme, Salamanca, 1977.

(28) Hech 1, 21; 10, 38 ss.

ción a quien murió en el más ignominioso de los patíbulo de ese tiempo? Su fe llega a un momento tal de crisis y desilusión con respecto a su misión que se podría hablar de una discontinuidad entre la predicación y la muerte de Jesús? Hay un verdadero abandono de parte de Dios? (29).

Podríamos responder tratándolo de penetrar dos títulos relacionales, el de Padre con que se llama a Dios, el de Hijo con que se designa a Jesús.

Cuando la comunidad cristiana atribuye a Jesús títulos como Señor, Hijo de Dios, etc., su preocupación no es afirmar de él lo que ya en el A. Testamento tenía un significado concreto, con la misma densidad y sentido del A. Testamento. Esos títulos que iluminan la realidad de Jesús, alcanzan, a partir de su actuación, una densidad insospechada para el A. Testamento. Es decir, se le atribuyen no teniendo como pauta un modelo abstracto que Jesús debe realizar más o menos perfectamente; es tal la riqueza de la personalidad, de la entrega de Jesús que, ninguno de los títulos veterotestamentarios logra agotarla y todos quedan superados por lo que ellos descubrieron en él cuando se comprometieron en su seguimiento, desde su fe en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

El título Hijo de Dios expresa, aplicado a Jesús y a nosotros, dos realidades cualitativamente distintas. Jesús es no sólo primogénito sino unigénito, nosotros somos hijos adoptivos en Jesucristo.

Comparemos la actitud de Jesús y la de los Profetas. Estos en su actividad viven de la convicción de que ella compromete directamente a Dios. Moisés va al Faraón porque, seguro de la fidelidad del Dios de Abrahám, cree en él. "Quién soy yo para ir a encontrar al Faraón y

para hacer salir de Egipto a los hijos de Israel? Dios le dijo: yo estaré contigo y he aquí el signo en el cual reconocerás que tu misión viene de mí. Cuando hayas conducido al pueblo fuera de Egipto, rendiréis culto a Dios sobre esta montaña" (30). Jesús va aún más lejos al comprometer a Dios con su obra y predicación.

Aparte de los textos en que Jesús identifica su actitud y la de Dios para con el pecador (e.8 parábola del Hijo pródigo), son muy dicientes aquellos en que Jesús se dirige al leproso, si los vemos en el contexto de la purificación que se ordena en el Levítico (31). El A. T. piensa que el leproso es un pecador, alejado de Dios y de la comunidad de Israel; su purificación tiene como fin primordial integrarlo de nuevo a la comunidad de la Alianza. Por qué Jesús al dirigirse a los leprosos les ordena: "vé muéstrate al sacerdote y paga por tu curación la ofrenda prescrita por Moisés, para que les sirva de testimonio", o "id y mostráos al sacerdote? Cuando iban de camino quedaron curados" (32).

Uno de ellos entendió el sentido de lo que había sucedido y volvió a Jesús; éste era el único que lo había aceptado como hombre, sin discriminarlo por ser samaritano, leproso, quien con su amor lo había vuelto a la Alianza de Dios, por eso, "postrándose a sus pies glorificaba a Dios en voz alta y daba las gracias a Jesús".

Esta identificación de la actitud de Jesús con la del Dios del A. T., a la luz de la resurrección explícita quién es Jesús, no sólo el hombre de fe, sino el revelador que hace palpable y real el amor de Dios para con los hombres. Por esta su actitud y conciencia se desencadenan las luchas contra Jesús a que hemos aludido. Pablo sigue afirmando del Resucitado su ser de

(29) J. SOBRINO, o. cit., 15. 182.

(30) Ex 3, 11-12; 6, 2-8; 1 Rey 18, 20 ss; Elías y los sacerdotes de Baal.

(31) Lev 13, 45; 14, 1-32.

(32) Mc 1, 44; Le 17, 14.

revelador y mediador entre Dios y los Hombres (33).

Permanece Jesús en la misma línea cuando ora en el huerto de los olivos? O esta y la oración de la cruz manifiestan un momento en que su confianza desfallece y en que el abandono de Dios llega hasta el rechazo de su Hijo? creemos que ningún autor serio llegaría a esta afirmación.

Observemos ante todo la coherencia de Jesús con su pasado. Jeremías se siente seducido por Dios y sin embargo, llega a maldecir "el día en que nació". "Que sea maldito el día en que mi madre me dió a luz" (34). En Jesús, aunque siente todo el peso de su misión nunca aflora la maldición a sus labios. Marcos y el Autor de las Hebreos lo presentan en actitud orante. Su oración llega al máximo de intimidad y confianza cuando llama a Dios con la confianza del niño "Padre mío" (35).

El N. T. es consciente de la trascendencia e invisibilidad de Dios y al mismo tiempo de que su amor se ha hecho histórico, asumiendo e integrando así en lo más profundo de Dios la tragedia que desgarró la historia humana: "Porque la ley se nos dio por intermedio de Moisés, la gracia y la verdad nos vinieron de Jesucristo. A Dios nadie le ha visto, el Hijo Unigénito, el que está en el seno del Padre, él nos lo ha manifestado". Pero este Hijo "se hizo carne y habitó entre nosotros" (36). La afirmación "Dios es amor" cobra sentido desde la historia del hombre, porque en "estó consiste su amor, en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él" (37).

(33) Ro 8, 31

(34) Jer 20, 7. 14.

(35) Mc 14, 36; Hebr. 4, 14; 5, 5 ss.

(36) Jo 1, 18. 14

(37) 1 Jo 4, 9-10.

(38) Hech 7, 55-60; 8, 1.

(39) 1 Cor 1, 18 ss; Gal 1, 15-16.

(40) Fil 2, 6-11.

Que Dios asuma la tragedia humana en la cruz no se explica totalmente si Jesús es solo un hombre, que, por su obediencia, se hace Hijo de Dios. Para el monoteísta Pablo es inconcebible, por eso persigue a Jesús en los cristianos que, se afirme de un simple hombre, de un crucificado, que está a la derecha de Dios y que merece la adoración exclusivamente atribuible a Dios (38). Pablo conocía el absurdo que encierra en sí el patíbulo de la cruz.

A raíz de la resurrección descubre que la cruz es la revelación verdadera de Dios, "sabiduría de Dios y poder de Dios". En ella y en la resurrección "quiso Dios revelar a su Hijo Jesús" (39). Quien mira a Jesús "hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz", entiende a Dios desde la historia humana, designándolo Padre de Jesús - el Cristo. Quien en el himno de Filipenses juega con los contrastes, quiere que se tome en serio todo el himno y lo que él encierra. Cristo "se desposeyó de la condición de paridad con Dios y tomó forma de siervo", asumiendo una condición humilde, sumisa, obediente. Con la palabra **esclavo**, esta condición asumida por Cristo, contrasta con su condición de Hijo de Dios y su condición de Señor que le será concedida por la exaltación, a raíz de la muerte en cruz. La antítesis entre la humillación de Cristo y su exaltación a la dignidad de Señor es fundamental en el pasaje (40).

Pablo va más allá. "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Expresión clara de su entrega: libremente ha escogido una vida humana desprovista de gloria y esplendor y libremente asume

la total humillación en la más completa solidaridad con el hombre (41).

V. Jesús, Hijo de Dios que se hace hombre.

Existe la posibilidad de admirar en Jesús a un gran hombre; el primero que supo vivir el amor hasta sus últimas consecuencias. O la posibilidad de la fe que, tomando en serio la experiencia de los discípulos, descubre en la persona de Jesús, Hijo de Dios, el misterio del amor de Dios y de su entrega total y personal en la historia, para mostrar al hombre el camino que hace posible la construcción de la historia. Así nos revela que la mediación de Dios no es el poder que destruye, sino el amor que se entrega (42). Que vivir del Espíritu de Dios, obliga a romper una serie de seudo valores y estructuras esclavizantes, para construir una realidad distinta en el amor.

Sintiendo toda la fuerza y atracción que suscita la fe de Jesús y su confianza en Dios, hemos de abrírnos, en nuestra fe, a captarlo como el revelador de Dios, el que hace cercano al Dios de los Padres.

A partir de él se expresa quién es y cómo ama Dios, designándolo como "Padre de Jesús", Padre del que murió en un patíbulo porque creía en el amor y porque en su persona realizaba lo que es ser hombre: la aceptación total de Dios, en el amor sin condiciones a los demás. Desde aquí los autores del N. T. se abismaron más en la profundidad de Dios, sin dejar el nivel de la historia: "Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, sometido a la ley, para liberar a los que estaban sometidos a la ley". "Y la prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a vuestros

corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama "Abba", Padre mío". Al entender a Jesús en esta forma, Pablo descubre que "en él no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos somos una sola cosa en Cristo" (43).

De aquí cabe formular una última pregunta. No estará equivocada la hermenéutica de Pablo? No habría que optar más bien por ahondar la división ya existente entre las clases sociales, para ser capaces de una opción total en favor del hombre? Cae Pablo en una **teologización** cuando entiende a Jesús como el Hijo de Dios que se hace hombre en la dificultad de la obediencia, cuando afirma: "viviendo en la carne, vivo de la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí"? (44). Será la teología ideologizante esa exclamación "conocéis la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, cómo **siendo** rico, se **hizo** por vosotros pobre, para enriqueceros por su pobreza"? "Os suplicamos en nombre de Cristo, dejáos reconciliar con Dios. A quien no conocía el pecado, Dios lo hizo por nosotros pecado, para que llegáramos a ser justicia de Dios en él"? (45).

El Cristianismo es exigencia de entrega en favor del pobre, del oprimido, pero con el anhelo de reconciliar lo que el poder, el odio, las clases hacen irreconciliable. Es seguimiento de Cristo, pero es fe en el Hijo de Dios, cuya encarnación encierra dos aspectos, uno consecuencia del otro: la ascensión del dolor humano para llevarlo hasta el fondo del corazón mismo de Dios y el **hacerse libremente hombre**, nuestro hermano, en la locura de un amor que si comenzó la historia del hombre por la creación, lo hizo para darse al hombre en la total cercanía de la propia historia, vivida y hecha realidad por el Hijo de Dios.

(41) P. ORTIZ, "Teología de San Pablo", U. Javeriana, Bogotá.

(42) J. SOBRINO, o. cit., Tesis 8a., p. 162.

(43) Gal 4, 4. 6; 3, 26.

(44) Gal 2, 20.

(45) 2 Cor 8, 9; 5, 20.